

capas de hielo más delgadas, para pescar dentro de la oscura y desconocida agua.

Nos fué verdaderamente doloroso tener que pasar por esa singular bahía, sin tiempo y sin aparejos para poder emprender una exploración tan conveniente.

Eran las tres de la mañana de año nuevo cuando nos fuimos á dormir, y después de diecisiete horas de trabajo dormimos de un tirón hasta la una y media de la tarde. Al despertar tenía Duse el ojo enfermo en extremo dolorido y no podía aguantar la luz. Si á esto se añade que el sol calentó como pocos días, hasta tal punto, que por todas partes alrededor de la tienda nos hundíamos en la nieve hasta las rodillas, se comprenderá que nos vimos obligados á quedarnos quietos hasta la puesta del sol. Entretanto, Duse se arregló una venda con un trozo de paño oscuro para abrigarse el ojo enfermo.

A las diez de la noche nos pusimos otra vez en marcha. El camino era en un principio desigual y blando, de modo que el trineo se atascaba á menudo. Tropezábamos con montones de nieve al sortear los innumerables glaciares; pero poco á poco llegamos á un hielo más igual y firme, y rápidamente cambiaron las circunstancias. Con el frío de la noche se endureció la nieve, y el delgado hielo de las balsas de agua dulce se hizo más resistente. Al mismo tiempo refrescó el viento norte, que nos hizo adelantar sin darnos cuenta á través de aquellos desiertos. Después de una rápida marcha de algunas horas, llegamos á la gran ría, cuya embocadura hacia los golfos del Erebus y del Terror era ya visible. A nuestra derecha teníamos una isla con altos acantilados libres de nieve; su forma cóncava invitaba á un examen más detenido.

Mis compañeros se quedaron un rato con el trineo, mientras que yo me desvié hacia la isla. Los patines de nieve corrieron con facilidad sobre el delgado hielo de las balsas, tan flojo, que cedía y crujía bajo mi paso. Nunca había experimentado tanto como entonces la utilidad de los patines; sin ellos difícilmente habría podido adelantar, pues á cada paso me hubiera hundido á través del hielo nuevo dentro de las balsas de más de un pie de profundidad, sobre las cuales los patines me permitían pasar fácilmente.

La montaña de hielo estaba compuesta de gruesa toba mezclada en capas con productos volcánicos. Por la falda de la montaña y por los formidables despeñaderos corrían numerosos riachuelos hacia la orilla, formando al bajar espumantes cascadas.

Acampamos sobre el hielo de la ría; habíamos adoptado el sistema de descansar durante el día y viajar por la noche, pues entonces el camino era más firme y llevadero y la luz menos incómoda.

Cuando por la noche del 2 de enero emprendimos de nuevo la marcha, continuaba soplando el viento del norte. Con la ayuda de un largo palo de bambú del trineo, que empleábamos como mástil, y dos palos más cortos, arreglados como vergas, colocamos el fondo de la tienda á manera de vela sobre el trineo. Hicimos así un delicioso viaje durante dos horas. Hacíamos uso de los pretales para dirigir y tirar, cuando el trineo se atascaba en los montones de nieve; pero á veces corría éste con tanta velocidad que nos costaba correr para no ser alcanzados. Cuando soplaban ráfagas intermitentes daba verdaderos saltos, de modo que habíamos de tirar tan pronto á un lado como á otro para no ser atropellados.

Pero la alegría no fué duradera. El viento aflojaba cada vez más, y á lo mejor batía del lado contrario sobre la vela. Además, penetramos de nuevo entre numerosos glaciares y grandes y hondas charcas. Estas últimas se extendieron finalmente del modo más desfavorable precisamente delante de nuestro rumbo, formando una red tal que no podíamos virar. Debíamos pasar sobre ellas, pero el delgado hielo nuevo se rompía á menudo, tanto debajo de los patines como del trineo.

Tomábamos entonces un baño de pies, helado, hasta las rodillas, y nos costaba ímprobo trabajo sacar el trineo cuando se sepultaba entre el hielo y la nieve blanda. No era ya posible proteger contra el agua los objetos que caían del trineo y sólo tratábamos de seguir adelante para llegar lo antes posible á la tierra que se alzaba ante nosotros.

A las dos de la mañana llegamos al abrigo de un alto glaciar, donde preparamos nuestro refrigerio. La comida caliente llegaba muy á punto, pero mojados como estábamos temblábamos de frío durante el descanso, y nos dábamos por contentos cuando podíamos emprender en seguida la marcha.

Entre el sitio donde estábamos y la tierra firme se veía á lo lejos hielo de otra especie que el que habíamos atravesado hasta entonces. Era completamente igual y sin baches. Probablemente había estado el mar, durante el verano anterior, abierto hasta el mismo borde del hielo desigual sembrado de bloques.

Nos pareció práctico continuar la jornada para alcanzar cuanto antes el buen camino, pero encontramos también grandes charcas, y tan pronto adelantábamos rápida y fácilmente sobre el hielo firme y seco, como

avanzábamos despacio á través de baches de un pie de profundidad.

Mientras cruzábamos sobre el delgado hielo nuevo que crujía, pudimos contemplar algunas focas aisladas en tranquilidad completa. Muy lejos, hacia tierra, veíamos numerosos grupos de pequeños seres que se movían. Desde una isla situada en el centro de una ensenada, marchaban reunidos hacia el mar, mientras otros iban en dirección contraria. Era una nutrida colonia de pájaros bobos que no se habían dejado arrastrar por la extraordinaria extensión del hielo firme durante aquel año, y habían buscado su antiguo lugar de incubación, aunque tenían que efectuar una marcha de varios kilómetros sobre el hielo firme hasta sus aguas de pesca en el borde del hielo.

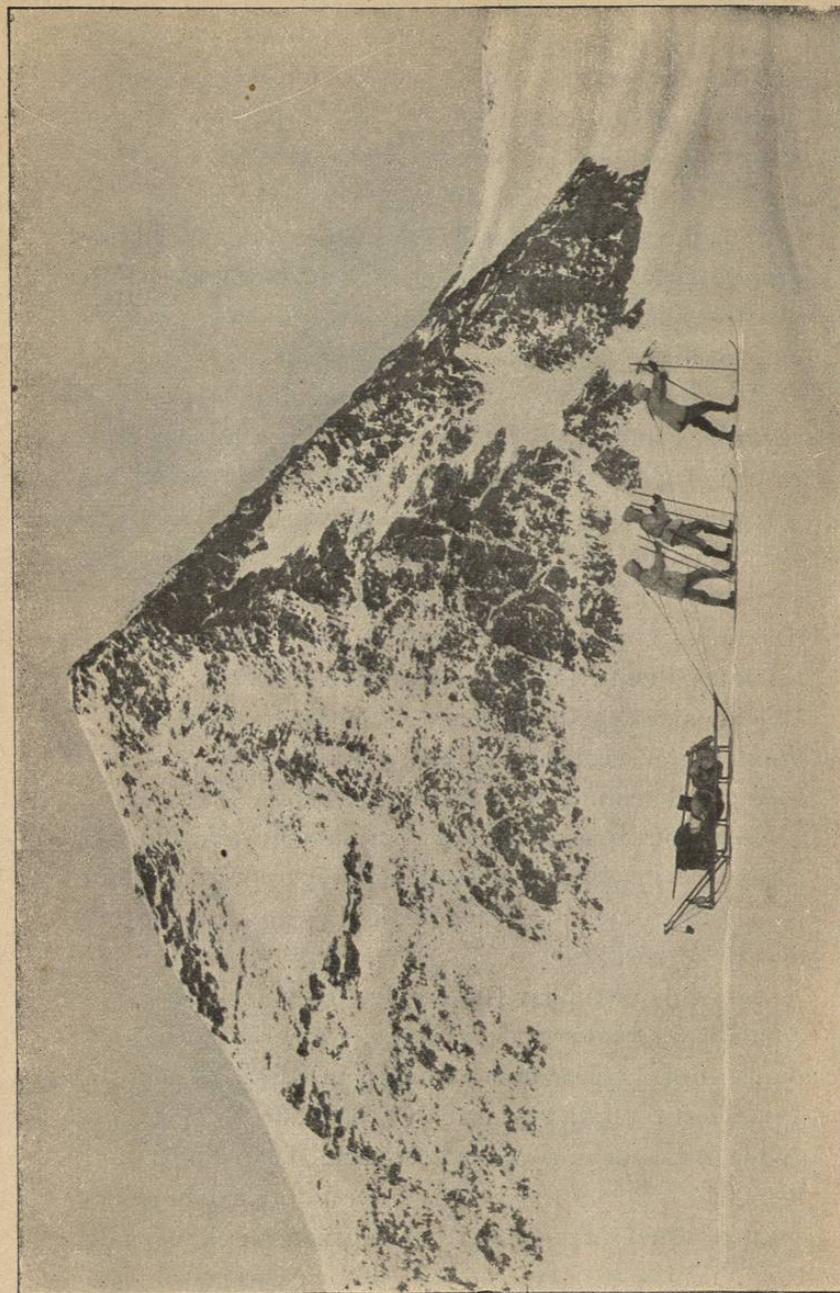
A mucha distancia, nos observaron y se pusieron en movimiento hacia nosotros varios grupos y algunos pájaros sueltos, para contemplar más de cerca á los tres gigantescos «pájaros» que llegaban tan inopinadamente. Nunca había visto pingüinos que se pareciesen tanto al hombre como estos desde lejos. Caminaban erguidos, y aunque su andar era vacilante, con sus cortas alas extendidas hacia nosotros corrían al galope. Parecía el ataque de todo un pequeño ejército, por un flanco desplegado en guerrilla y por otro en grupos cerrados. A unos diez metros de nosotros se paró de repente la columna de ataque de aquellos seres enanos y se quedaron todos quietos, mirándonos y aturdiéndonos con el confuso clamor de sus gritos, continuando sus cacareos mientras nos dirigimos hacia la isla.

Empezaba á nevar, y con el apacible tiempo que acompaña la nieve, perdía el débil hielo de las charcas

toda su resistencia, por lo cual tuvimos que pasar despacio á través del agua y de la nieve blanda hacia la isla, que á veces desaparecía tras la espesa cortina de nieve. Por fin llegamos cerca de ella. Sus escarpados taludes de toba no eran muy hospitalarios, y para no quedarnos sobre una insegura base de hielo, decidimos hacer todo lo posible de una vez para llegar á la tierra firme, que no podía estar muy lejos, aunque parecía escondida en el espesor de la nieve. Estábamos ya empapados del todo, y por consiguiente, podíamos continuar impunemente.

Las cavidades producidas por el derretimiento eran cada vez más hondas. De improviso se hundió el trineo completamente en una brecha, y era evidente que no lo podíamos sacar con el peso que llevaba. Tuvimos que descargarlo para conducirlo todo á tierra, cosa que no era muy fácil. Duse, que estaba medio ciego, se metió en un charco y cayó al agua, quedando sumergido hasta la parte superior del cuerpo: el paño que llevaba puesto en el ojo enfermo fué arrastrado por el agua helada. Le ayudamos á salir del atolladero y continuamos nuestra marcha hacia tierra.

Finalmente, después de tres viajes de ida y vuelta, lo reunimos todo en lugar seguro. Lastimados por quince horas de esfuerzos, chorreando agua y tiritando de frío, pero alegres por haber llegado otra vez á tierra firme y relativamente seca, nos encontramos sobre el largo borde del hielo terrestre. Pronto chisporroteó la cocina «Primus» alegremente en la pequeña tienda, y después de comer y tomar un magnífico café con una copita de cognac, nos metimos, sin secarnos, en los sacos para dormir, pues estábamos tan rendidos que no nos dábamos cuenta del frío ni de la humedad. Duse probó



Regreso del lugar de depósito.—Al fondo se ve la elevación sin hielo llamada la Pirámide.

conversar con nosotros después de haberse metido en su saco, pero no recibió ninguna respuesta. Yo me dormí en seguida, sin pensar en los malos ratos sufridos ni en lo inseguro del porvenir.

Cuando nos despertamos á las once de la noche (3 de enero), bastante descansados, pero helados y maltrechos, nuestro primer pensamiento fué secar nuestros efectos empapados de agua.

Mientras el sol de la mañana esparcía sus primeros rayos, se cambió la decoración de nuestro campamento en una original exposición de sacos de dormir extendidos sobre la tienda y el trineo: zapatos, ropas, medias, guantes, pañuelos y gorras, colgantes sobre cuerdas que sostenían los largos patines clavados en la nieve. Nos paseamos, entre tanto, abrigados con algunas prendas restantes, que tuvimos que secar sobre nuestro cuerpo. Volvimos de cuando en cuando las ropas del tendedero y dimos gracias al sol que se dignaba enviarnos su reparador fluido en medio de aquellos páramos.

Los rostros cambiaban de expresión á medida que las ropas se iban secando, y nos considerábamos muy felices en aquel momento, cifrando nuestra esperanza en los días venideros.

La bahía de Sidney Herbert presumíamos que se encontraba ahora detrás de nosotros, y era realmente particular que hubiésemos hallado una tierra tan angosta ante nuestro punto de partida y la bahía de las montañas de hielo. La ancha ría situada al norte debía lindar con la bahía de Sidney Herbert, á no ser una ría completamente distinta que no estuviese indicada en el mapa de Ross. Teníamos la esperanza de poder pasar por el hielo de tierra hasta llegar al estrecho del Almirantazgo.

Sería una marcha costosa sobre muchas elevaciones de hielo alrededor de la formidable cumbre del Haddington, pero podríamos, á lo menos, pasar por tierra seca hasta llegar al agua, en cuya parte opuesta estaba la estación invernal. No sabíamos exactamente cómo podríamos pasar el estrecho del Almirantazgo. Si en realidad era una bahía, podríamos intentar dar la vuelta; pero si viésemos que era un estrecho con aguas libres cubiertas de hielo, dejaríamos en último caso el trineo, la tienda y las camas en la orilla, y con el equipo indispensable avanzaríamos hasta Snow-Hill. Pero si en realidad habíamos pasado ya la bahía de Sidney Herbert, no teníamos ninguna necesidad de llevarnos, sobre el hielo de tierra interior, nuestro pesado equipo de provisiones.

Decidimos, pues, por consiguiente, dejar donde nos encontrábamos una parte del mismo, que podría servirnos en el caso de que más tarde, durante el verano, tuviésemos que regresar por el mismo camino con los compañeros de Snow-Hill.

El pequeño depósito dejado en una loma saliente del declive de la nieve, se componía de lo siguiente:

Un saco de galleta	kilogramos 20
Dos cajas de carne	» 7
Margarina	» 2.500
Una botella llena de alcohol	» 1
Una damajuana de petróleo	» 5
<hr/>	
Total kilogramos 35.500	

Di un paseo en trineo para reconocer los alrededores; el hielo levantábase en uniforme declive hacia tierra, y después de una marcha de dos kilómetros llegué á una extensa llanura de nieve que presentaba ligeras ondula-

ciones hacia una lejana faja; no podíamos desear mejor camino.

Después de las pasadas aventuras y vicisitudes nuestro estado de ánimo no había decaído en lo más mínimo, y al emprender el camino desde el campamento «del tendadero» teníamos la esperanza de encontrarnos antes de ocho días en la estación invernal. Pensábamos entonces que nos veríamos obligados á proponer á nuestros compañeros la retirada cuanto antes hacia el norte, en previsión de que más tarde el hielo de mar estuviese intransitable. Pero en el caso más feliz, podría acontecer que el «Antártico» hubiese encontrado un camino á través del hielo compacto y que todos pudiésemos reunirnos en Snow-Hill.

De todos modos, esperábamos pronto ver cómo estaban nuestros compañeros en la estación invernal. Recordamos nuestra memoria para recordar las noticias que podríamos relatar á nuestros compañeros del mundo exterior, y reflexionamos cómo podríamos, de la mejor forma, comunicar á Nordenskjöld la triste noticia de la muerte de su padre.

A las ocho de la noche (el 4 de enero) emprendimos el camino por el declive de hielo terrestre. La nieve estaba blanda, el trineo adelantaba pesadamente y á menudo teníamos que quitarnos los patines cuando debíamos sacarlo de un atolladero. Durante este penoso trabajo y para salvar los baches cruzábamos sobre débiles puentes de nieve que escondían las aberturas en el hielo de tierra interior. Pero las aberturas se presentaban bastante angostas, de modo que podíamos pasarlas con facilidad. Cuando llegamos un buen trozo arriba del declive, se hizo del todo imposible hacer adelantar el pesado trineo.

Quitamos, pues, los tres sacos de encima, y una vez aligerado el trineo reanudamos la jornada con patines.

La marcha sobre el campo blanco era singularmente confusa; muy cerca, delante de nosotros, parecía que una vez en lo alto del hielo terrestre disfrutaríamos una vista despejada; pero una vez que llegamos arriba no vimos más que un valle extenso y, más allá, una altura que se confundía con el horizonte. Largo rato adelantamos uno al lado del otro hacia el sudeste, pero nos encontramos, después de mucho andar, ante un acantilado obscuro que sobresalía del hielo terrestre. Después de algunos pasos más, quedamos confusos y llenos de terror.—«¡El camino estaba cerrado!»—fué el primer pensamiento que se nos ocurrió con la rapidez del rayo. Cruzáronse súbitas y curiosas preguntas. Delante de nosotros aparecía un brazo de mar; ¿sería el estrecho del Almirantazgo y la estación invernal se encontraría en la otra orilla? ¡Imposible!

Duse empezaba á reconocer lo que vió desde el «Antártico» el verano anterior. Esto es, la bahía de Sidney Herbert. Además, yo recordaba la descripción hecha por Larsen, según la cual, el estrecho se vuelve muy angosto en el interior. Este detalle convenía exactamente con lo que teníamos delante de nosotros, pareciendo como si nos hallásemos en una grande isla. La bahía de Sidney Herbert formaba, pues, un estrecho, limitado en aquella parte por nuestra isla.

En la parte más angosta del estrecho, allí donde la tierra meridional avanzaba formando un cabo hacia nuestra isla, estaba el hielo completamente gastado, abundando los claros producidos por el deshielo. Fuera, en el estrecho, y en torno de nuestra isla, el hielo pre-